

Tras la línea

Crónica de la intervención

Sergio González Rodríguez

Me dijo, después de presentarse: “hay quien tiene la cabeza cuadrada, la cabeza redonda o la cabeza triangular. Tú la tienes amorfa”. La acababa yo de conocer, se acercó a mí, tímida la voz, indecisa en los movimientos. Me preguntó mi nombre, le respondí y, después de un suspiro, hizo un silencio antes de responderme.

Era pequeña, el cabello rubio y desigual que perdía su color para tomar un castaño cenizo. Vestía pantalones vaqueros de azul desteñido, una chaqueta deportiva de hechura barata color gris. Su rostro redondo, sin embargo, emitía una madurez precoz cuya mirada ambigua reflejaba el desconcierto de un nacimiento quizás irregular.

Luego me contaría que nació prematura en un hospital de beneficencia, al que se refirió como un edificio rectangular y frío de aristas tan agudas que lastimaban la vista. Eso afirmó. Era notoria su proclividad, casi manía, a darle resultados geométricos al lenguaje. Cuando le señalé ese rasgo de su habla, pareció incomodarse, fue que me insistió que yo tenía la cabeza amorfa.

En nuestra vida, todos llevamos la memoria de encuentros ya no con personas notables, como G. I. Gurdjéff apuntó en su célebre libro, sino con personas anómalas o circunstancias peculiares que irrumpen en el tejido de lo que llamamos normalidad cotidiana. Ella era una de esas anomalías. Su irrupción cambió mi vida para siempre: la muchachita expresó tener trece años, si bien parecía un poco menor, su estatura de alrededor de un metro con cuarenta centímetros, su complexión delgada, sus palabras con un dejo disléxico que fui incapaz de identificar en su patrón, la falla esporádica a veces en la letra R, a veces en la D, la devolvían a la infancia. Una infancia que había sido, me dijo, solitaria.

Se acercó a mí después de una mesa redonda en la que participé en el Museo de San Ildefonso, en el Centro Histórico de la ciudad. En esas fechas, más de quince años atrás, ofrecí un curso de “Apreciación filmica” que fue un completo fracaso: el objetivo de mi curso nada tenía que ver con las expectativas de quienes se inscribieron invitados por la Fimoteca de la Universidad.

Mi propósito era, desde la historia, la sociedad y la cultura, trazar una síntesis entre el ámbito de las ideas creativas de diversas épocas y su contexto histórico. La perspectiva cronológica implicaba, a modo de ejemplo según recuerdo, la estética de los hermanos Lumière, el expresionismo, el inicio del cine industrial en Hollywood y el influjo de todo aquello en el cine actual.

A la mitad de la primera sesión, los alumnos interrumpieron mi exposición para quejarse: “¿Qué sentido tenía toda esa verborrea mía con las ideas de tantos teóricos?”. Tuve que rogarles que permanecieran en el curso y entenderían mi propósito de aludir a Kracauer, Eisner, Sontag. Me quedé al final de las cinco sesiones con sólo cuatro asistentes de la docena original. Y ni siquiera ellos se mostraron satisfechos. Una chica se quejó: yo hablaba demasiado rápido y daba tanta información que era imposible, aseguró, remarcaba esta palabra, seguir mis ideas. Pensé en el tema de la *indecibilidad* filosófica que tanto había despreciado antes.

El curso aquel culminó con una mesa redonda la cual servía para presentar un manual de apreciación filmica cuyo contenido nada tenía que ver con lo que yo expuse. El libro no me fue proporcionado para utilizarlo en mi curso, pues el coordinador de las actividades aseguraba confiar

en mí. La mesa redonda tuvo más público. Unas veinte o treinta personas que incluso hicieron preguntas a los participantes.

Al término del acto, confuso y harto, bajé del estrado y caminé de prisa hacia la escalinata de San Ildefonso. Bajo los arcos y el reflejo multicolor de los murales de Rivera, Alva de la Canal, Orozco... me atajó la muchachita. Casi gritó mi nombre. Quería asegurarse de que era yo. El encuentro, quiero ser más exacto, debió ser en las cercanías del Patio Chico, donde se despliegan las ficciones geométricas de Siqueiros. La niña, después de pronunciar su nombre, Virginia, añadió: soy yo, soy tu hija.

En su sencillez, aquella frase condensada todavía hasta hoy una enormidad que me trasciende, sobre todo, por lo que aconteció después. Aquellas cinco palabras tienen una potencia que sólo he vislumbrado en las afirmaciones teológicas (“Soy el que soy”, Éxodo, III, 14), o en las proposiciones normativas de lo más común (“Prohibido pasar”). Hacen chocar el lenguaje abstracto con una anterioridad o un presente materiales que detona su sentido, al estilo de: “¡Lázaro, sal de ahí! Y salió el muerto, atados con vendas las manos y los pies, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: ‘Desátelo, para que pueda andar’” (san Juan XI, 1-45). La entonación de ese tipo de afirmaciones o proposiciones le presta un peso cósmico.

Al decir “la bomba atómica”, mi padre bajaba el volumen y agravaba el tono de su voz. Un eco del espacio del acontecimiento (Slavoj Žižek *dixit*): ese instante en el que los efectos se desgajan de su causa, avanzan por sí solos y parecen desbordar su origen en medio de nuestra estupefacción, teatro de operaciones de tal enormidad.

Soy yo, soy tu hija. Allí estaba el misterio de la procreación, del acto transgresivo por imprevisto. Y la culpa carnívora, la incredulidad y la posibilidad de la descendencia genética, el pánico expansivo ante la réplica —que llevó a Jorge Luis Borges a emitir su célebre dicerio metafísico: “Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres”.

Desde que era niño me atrajo la bomba atómica: leía cuanta nota periodística, artículo en revistas y libros que trataban del tema. Estoy lejos de ser un experto en esa materia: las obsesiones nada tienen que ver con el conocimiento sistemático. Al menos eso ha sido en mi caso. Pero sí leí y releí el libro de Robert Jungk, el de Michihiko Hachiya, el ensayo de Elias Canetti al respecto y, desde luego, muchos libros y novelas sobre el Proyecto Manhattan.

Para algunos científicos, la prueba de la bomba atómica Trinity (El Gadget) en Nuevo México, durante el 16 de julio de 1945, desató la era del Antropoceno, con la cual los humanos modificaron el planeta Tierra, un proceso que se remonta has-

ta la Revolución Industrial del siglo XVIII. Observo las filmaciones de aquel día una y otra vez y trato de encontrar, en esas tomas mudas del amanecer, las montañas en el desierto, el trajinar de operarios en torno a la esfera de metal, algún signo que me revele el misterio inasible de la conversión de la ciencia aplicada en figura emergente del aciago demiurgo que estudió E. M. Cioran: el ser perfecto e inmanente. El origen del mal.

Y la luz y la oscuridad en una nube cósmica que en nada se parece a algo visto o existente en el planeta. Un prodigio artificial cuyo relumbre sobrecoge y aniquila, como se aproximó a traducirlo en 2006 Tomer Yaacobi con un video de imágenes de pruebas nucleares y la música del grupo de post-rock Godspeed You! Black Emperor (<https://www.youtube.com/watch?v=tV83U4CDAx4>). El roce con el infierno.

Soy yo, soy tu hija. Me dijo, y yo sólo pude pensar en el desastre nuclear sin reparar en ella, en su origen, en su madre, en su gestación, nacimiento y ascenso en el mundo, fuera de mí. Ahora vuelvo a ver su mirada desigual, triste. Sin reproche,

pero inscrita en una ausencia primordial, la mía.

Estábamos en una cafetería cercana a San Ildefonso, y ella pidió un vaso con agua, que bebió de golpe. Antes de probar el té que me sirvieron, le pregunté si estaba enferma. La sed compulsiva puede ser un síntoma de algún padecimiento, había yo leído, le expliqué. Enseguida me sentí estúpido, trivial. Se hizo un silencio entre nosotros, que aproveché para cuestionarla: “¿De verdad soy tu padre, no te has equivocado de persona? ¿Cómo se llama tu mamá?”.

Ella me miró, desolada, hizo una mueca de disgusto. Sus ojos giraron de aquí a allá. Suspiró. Y dijo: “Sólo quería que supieras que soy tu hija. No volveré a molestarte. No creas que quiero sacarte algo. Mi nombre debería decirte algo acerca de quién es mi madre. Ella murió hace tiempo y, antes de morir, me dijo que tú eras mi padre. No quise buscarte antes, no le vi sentido. Nunca te necesité. Tampoco ahora”. Su palidez había aumentado y tenía la boca seca, los labios casi exangües. Quise decirle algo que ahora he olvidado, y ella hizo un gesto con la mano. Espantaba al fantasma innecesario que ya era yo, que siempre sería para ella y para una parte de mí también.

De inmediato, se levantó y se fue, sus piernas delgadas seguían un rumbo frágil. La llamé, intenté detenerla en la calle, la jalé del brazo y se sacudió de mí. Me dijo: “eres amorfo, sí, y yo soy tu hija, yo decido si vuelvo a buscarte”. Caminó de frente y se perdió en un zigzag entre la multitud. Dejé de pensar en ella, en el peligro nuclear, en su madre, en su posible enfermedad. Se hizo un blanco en mi mente. Como el estallido de la bomba atómica que llena la oscuridad: redondo, cúbico, triangular...

He escrito sobre quienes interrumpen de pronto nuestras vidas. Incluso inventé en mi novela titulada *La pandilla cósmica* un concepto sobre este fenómeno: el intruso imprevisto.

Ya pasaron muchos años de aquel encuentro, y ella, Virginia, la que dijo ser mi hija, nunca reapareció. Quizá murió poco después de verme. O tan sólo se fue de mí, donde nunca estuvo, ni estará. **u**

